

## La voluntad divina considerada como poder

1. Todos los símbolos expresan el dogma de que Dios posee poder infinito. Es cierto que la expresión *omnipotens* de los símbolos se refiere en primer lugar al dominio universal de Dios. Lo mismo puede decirse de la palabra griega *pantokrator*. Aquí se da testimonio de Dios considerado como Señor del universo. Se trata, pues, de la actividad mediante la cual Dios erige y mantiene su dominio. Pero a partir de la actividad de Dios, podemos llegar a conocer aquel estado del Ser divino al cual nos referimos cuando empleamos las expresiones omnipotente y omnipotencia.

El mismo hecho encontramos en las oraciones de la Liturgia. Cuando se invoca en ellas al *Deus omnipotens*, se piensa en el Dios que es Señor del universo. La expresión *omnipotens* es una denominación esencial y sirve para distinguir al Dios verdadero de los falsos dioses, de los débiles e impotentes ídolos adorados por los paganos.

2. El poder de Dios no debe ser considerado como capacidad de obrar. Es más bien la esencia divina misma considerada por nosotros como fundamento de la existencia extradivina, conocida por la razón divina y realizada por la voluntad de Dios. El poder de Dios es, pues, esencia divina en cuanto tiende activamente hacia lo extradivino.

El poder de Dios no depende de ninguna cosa extradivina, tiene en sí mismo su fundamento, carece de toda clase de limitación. Es infinito tanto en lo que atañe a su fuerza interna como en lo que se refiere a las posibilidades de su actividad. Dios puede hacer todo lo que es internamente posible (omnipotencia).

Dios es omnipotencia si se le considera como la fuente de todo poder extradivino. De ello se deduce que el poder no es malo de por sí; al contrario, es de por sí bueno, por ser un reflejo y efecto del poder divino, aunque se halle especialmente amenazado por peligros que se derivan de la autocracia humana. El poder de Dios es creador, absolutamente y en sentido estricto creador, a causa de su absoluta independencia e incondicionalidad. Es causa del ser y de la actividad de las cosas (véase el tratado sobre la Creación), y ello lo hacía sin esfuerzo, sin debilitamiento, fatiga o agotamiento. El poder de Dios se manifiesta de un modo especial al comunicar poder a las cosas creadas, convirtiéndolas en causas de otras cosas.

Del poder activo de Dios se deriva su soberanía, su derecho de propiedad y su gobierno absoluto. Como quiera que Dios no sólo obra como agente externo sobre las cosas, sino que es causa de su ser íntimo, su poderío se extiende también a este ser. El poderío divino se manifiesta de un modo especial en los milagros (véase la Teología fundamental).

No puede ser objeto del poder divino lo inexistente, lo contradictorio, lo absurdo. Dios mismo limita su poder incondicional, decidiéndose libremente en favor de un orden determinado de las cosas. De este modo, la *potestas absoluta* se convierte en una *potestas ordinata*. El poder ordenado divino es el poder actual impuesto por Dios, que regula y compenetra al mundo.

La incondicionalidad del poder divino no debe ser entendida en el sentido de arbitrariedad. El poder de Dios se identifica con su verdad, sabiduría, santidad y justicia; por consiguiente, no puede estar en contradicción con estas propiedades. Dios es al mismo tiempo poder y espíritu. Mientras que en el hombre el poder y el espíritu son cosas diferentes, de modo que el poder care-

ce con frecuencia de espíritu y se convierte en brutalidad, y el espíritu carece de poder y se convierte en realidad ajena a la vida y a la Historia, en Dios el espíritu es luz de su poder y éste es el fundamento del espíritu. Esto se manifiesta en las formas de su Revelación, la cual se realiza mediante la palabra creadora de realidad histórica y en acciones empapadas de espiritualidad (véase el § 1). Dios, por ejemplo, no puede mentir. Si a causa de la identidad del amor y del poder, de la santidad y del poder, de la justicia y del poder, Dios no puede pecar; esta imposibilidad no implica limitación alguna del poder. El hombre que «puede» mentir, robar y engañar no es superior a Dios a causa de este «poder». Al contrario, el pecado es un signo de la debilidad, limitación e insuficiencia humana. El hombre peca, es decir, se vuelve hacia las criaturas de una manera desordenada, porque no se basta a sí mismo, creyendo encontrar en las criaturas el complemento de su esencia. No podrá hallarla, pues la busca desordenadamente; es decir, de un modo que está en contradicción con la voluntad de Dios y con su propia esencia fundada en esa voluntad. Pero el hombre no podría buscarla de un modo desordenado si no sintiese su propia insuficiencia. Dios, al contrario, se basta a sí mismo. Su actividad no es una búsqueda de cosas que puedan hacerle feliz, sino una manifestación de su amor, de su sabiduría, de su verdad, bienaventuranza y gloria. Dios no puede, pues, pecar a causa de su grandeza y de su riqueza.

El poder de Dios no es una fuerza natural ciega, aniquiladora del hombre, contra cuya arbitrariedad el hombre tuviese que rebelarse con la actitud autoafirmativa de un Prometeo. Al contrario, el poder de Dios se manifiesta bajo la forma de amor. Por eso constituye el fundamento de nuestra confianza con el Padre, que conduce nuestros destinos a buen fin y con mano poderosa. De la identidad de poder, santidad, amor y justicia se deduce también que el amor, la santidad y la justicia de Dios son omnipotentes. Es cierto que para el que sólo ve lo externo, contemplando solamente las apariencias, nada parece ser tan impotente como el amor y la justicia de Dios. Al parecer, todos los hombres pueden resistir contra Dios. Pero, en realidad, es cierto que todos los acontecimientos están al servicio del amor y de la justicia del Señor. Todos son ejecución de la santidad divina, realizan la santidad divina. No sabemos de qué modo sucede esto. Pero el hombre iluminado por el Espíritu Santo, es decir, el creyente, sabe que es así. Llegará el día en que la santidad, el amor y la justicia

aparezcan visiblemente con todo su poderío hasta entonces encubierto. En ese mismo día se pondrá de manifiesto la impotencia y precaridad del pecado, del odio y de la injusticia. El amor, la verdad y la santidad son en cierto sentido los contenidos de la vida divina que Dios realiza con su poder y de un modo finito en su Creación. El poder divino es la intensidad con Dios manifiesta su gloria en la Creación, erigiendo y fundando de este modo su poderío y soberanía.

3. a) El Antiguo Testamento describe con frecuencia e insinuación el poder absoluto de Dios y su soberanía, a la cual sirve de fundamento. El poder divino se manifiesta en la Creación, en los juicios divinos, en el gobierno de los pueblos y de los particulares, es decir, en la Naturaleza y en la Historia (*Gén.* 18, 14; *Deut.* 4, 31; *Job* 34, 10-18; 36, 22, 37; 38, 4-12). «Hasta los muertos tiemblan debajo de la tierra, los mares y cuanto en ellos mora. El abismo está ante Él desnudo y sin velos el sepulcro. Él tendió el septentrión sobre la nada, Él colgó la tierra sobre el vacío. Encierra las aguas en las nubes, y las nubes no se rasgan a su peso; Él roba a la vida su trono, cubriéndolo de nubes. Trazó en derredor de los mares un círculo, hasta el confín entre la luz y las tinieblas. Las columnas del cielo tiemblan y se estremecen ante una amenaza suya, Él es quien con pujanza conmueve los mares y con su poder doma al monstruo. A su soplo centellean los cielos, y su mano dirige la serpiente tortuosa. Y todo esto no es, sin embargo, más que la orla de sus obras. Es un leve susurro de su palabra; el estallido de trueno de su poder, ¿quién podría oírlo?» (*Job*, 26, 5-14).

Véanse, además, *Ps.* 33 (32), 619; 114 (113), 147 (146), 15-18; 135 (134), 6 y sigs.; 115 (114), 3; *Ier.* 10, 1-16; 33, 14-16; *Eccl.* 43.

b) En el Nuevo Testamento el poder de Dios se manifiesta en la curación y santificación del pecador; *Mt.* 19, 26; *Mc.* 14, 36; 10, 27; *Lc.* 1, 37; *Eph.* 3, 20. El convertir en santo a un hombre pecador presupone un poder no inferior al que exige la creación de la Naturaleza (*Mc.* 2, 1-12). Cristo practica la omnipotencia de Dios en las obras de la Redención (*Mt.* 28, 18; *Mc.* 16, 17 y sigs.; *Io.* 1, 3). Todo su poder lo ha recibido del Padre (*Io.* 5, 19-22).

En Cristo la unión de poder y espíritu aparece con toda claridad en la correlación de palabra y signo. El signo operativo está

empadado de espíritu y la palabra espiritual es operativa. De este modo, Cristo ha erigido el reino y reinado de Dios mediante su palabra creadora de historia y mediante su actividad inspirada por el espíritu (véase la Cristología).

En Cristo se manifiesta también que dentro de la Historia, el poder de Dios aparece como impotencia. Cuando Dios entró con Cristo en la Historia humana, se despojó de su poder ante las puertas de la Historia (Guardini) y se anonadó, adoptando las debilidades humanas (*Phil. 2, 7*). En Cristo se muestra tan impotente que el hombre puede llevarle ante sus tribunales, le pueden condenar y hasta ejecutar. Pero el poder de Dios no quedará siempre oculto; por el contrario, al final de la Historia aparecerá con tal resplandor, que los impíos serán rechazados, mientras que los creyentes serán conducidos a un estado de plenitud definitiva. Siempre, sin embargo, se pondrá de manifiesto bajo la forma de amor y verdad omnipotentes.

Testifican la soberanía de Dios sobre el hombre *Job 42, 1-6*; *Rom. 9, 20* y sigs.; *I Tim. 6, 1*.

4. Si el concepto de poder de Dios no se limita a expresar operaciones extradivinas. Si consideramos el poder de Dios tal como se manifiesta dentro del ser divino, podemos decir que ese poder no es sólo infinito, sino que también produce efectos infinitos. Cuando el Padre engendra al Hijo le comunica su esencia infinita; de suerte que el Padre y el Hijo poseen idénticamente esa esencia. Lo mismo puede afirmarse de la espiración del Espíritu Santo. No obstante, en sentido estricto se habla del poder de Dios con respecto a la actividad divina *ad extra*.

En los volúmenes siguientes veremos que el Dios omnipotente erige, desarrolla y consume en la Historia humana y en el mundo su poderío, que es un imperio del amor y de la verdad. El erigir el reinado de Dios es la última finalidad de todo obrar divino.

Antes de terminar vamos a oír dos testimonios pronunciados en culturas y tiempos eclesiásticos diferentes. San Agustín escribe lo siguiente en el último (28) capítulo de su décimoquinto (último) libro sobre la Trinidad: «En mi empresa he seguido la regla de la fe; desde ella te he buscado, según mis posibilidades y según la capacidad que tú me has dado; he tratado de ver con la razón lo que yo creía; he reflexionado mucho, grandes han sido mis esfuerzos. Señor, mi Dios, mi única esperanza; escúchame, y no permitas que cansado ya no te busque, sino haz que

te busque siempre con fervor (*Ps.* 104, 4). Dame fuerza para seguir buscando. Tú que te has dejado encontrar y que nos has otorgado la esperanza de poder seguir encontrándote cada vez más y más. Ante Ti están mi fuerza y mi impotencia: consérvame la una y sana la otra. Ante Ti está mi saber y mi ignorancia: donde me has concedido entrar, recíbeme en tus brazos; donde hasta ahora no me has dejado entrar, abre cuando llame. que yo me acuerde siempre de Ti, piense en Ti y te ame. Haz que esto crezca en mí hasta que me hayas transformado completamente. (véase *BKV*, XII, 33 y sigs.).

Tauler dice en un sermón sobre *Is.* 60, 1: «Ellos (los hombres nobles) dejan que Dios construya en ellos su fundamento y se entregan totalmente a Dios y salen de lo suyo y no conservan absolutamente nada ni en las obras ni en los modos, ni en la actividad ni en el descanso, no de esta manera ni de la otra, ni en el amor ni en el dolor. Reciben de Dios todas las cosas con miedo humilde y se las entregan con total pobreza de sí mismos, con voluntario sosiego, y se inclinan humildemente ante las decisiones de la divina voluntad: quieren en todo lo que Dios quiere, con esto se contentan, en la paz y en la falta de paz... En todas las cosas gustan la voluntad de Dios; por eso el mundo entero no les puede despojar de su paz. Aun cuando se concertasen contra ellos todos los demonios y todos los hombres..., todos juntos no serían capaces de robarles la paz. Estas gentes gustan sólo de Dios y de nadie más, y son en realidad «iluminados», pues Dios, que resplandece en todas las cosas, en ellos mismos lo hace con suma claridad; hasta en medio de las más profundas tinieblas; y aquí más realmente que en medio de la luz brillante. ¡Ah! éstos son gente amante, son gente sobrenatural y divina, y en todas sus obras no hacen ni practican nada sin Dios, y si nos es permitido diríamos que en cierto sentido ellos no son, sino que Dios es en ellos. ¡Ah, éstos son los hombres amantes! En ellos está fundado el mundo y son nobles columnas del mundo entero» (*Deutsche Mystiker*, vol. IV; Tauler, en selección, traducido al alemán por W. Oehl, págs. 3 y sigs.).